

Habló con su hermano sobre el asunto el P. Cláudio Aquaviva, á quien agradó sobre manera el espíritu de intrepidez de su sobrino. El Duque daba largas, no oponiéndose del todo ni otorgando tampoco su consentimiento. Abroquelábase con las razones que suele alegar el mundo, haciendo mucho hincapié en la poca edad de Rodolfo y en la deshonra que para él resultaría sino perseverase su hijo en la religión.

Este, á quien los días parecían años, cansábase de tanta dilación, y como fácilmente se cree lo que mucho se desea, se persuadió un día en que había oído misa en el templo de los Padres, que si él insistiese con los superiores, que éstos acabarían por recibirle. Y como lo pensó así, lo hizo.

Pasa en derechura desde la Iglesia á la Casa Profesa, y pide con insistencia si le querían tener consigo, no como huésped, sino como hijo. Con lágrimas en los ojos y con palabras que se veían salir del corazón importunaba Provincial, á los Asistentes, al mismo P. General «que por la sangre de nuestro Señor Jesucristo no le querían arrojar del puerto de la religión al oleaje del mundo.» Preguntáronle los Padres, que conocían muy bien quien era y el tesoro de virtudes que encerraba en su pecho si el Duque venía en que se quedase con ellos.

—No; pero bastante,—dijo al momento el fervoroso pretendiente;—bastante y más que de sobra he cumplido ya con lo que debe en este punto un buen hijo.

—Mas,—repusieron los Padres, ni á vos ni á nosotros nos conviene recibirlo, si él espontáneamente no consiente. Idos, hijo, perseverad unos cuantos días más en vuestros propósitos: el Duque se ablandará y os dará de buen grado su licencia, y si no la diere, volved de nuevo y hablaremos.

Decían esto los Padres porque querían evitar habladurías y que se ofendiese aquel nobilísimo varón, si contra su voluntad recibían á su hijo. Pero éste, inmóvil como una roca, les representó que le era absolutamente imposible esperar más; que había agotado todos sus recursos para convencer al Duque, y que si no le querían dar la muerte, no le echasen de casa. Acompañaba estas razones con tal sentimiento, lágrimas y fervor, que conmovió agradablemente á los circunstantes.

Entonces los Padres, no tanto por probarle cuanto por ver hasta dónde se extendía el fervor de su espíritu, comenzaron á proponerle lo más árduo y dificultoso que hay en la Compañía. Como el pedernal herido con el acero, echaba de sí Rodolfo chispas de encendida caridad y daba respuestas de celestial sabiduría.

—Habeis considerado,—le dijo San Francisco de Borja, General á la sazón de la Compañía, si las otras religiones armarán más á vuestra condición y natural?

—Padre,—repuso al instante Aquaviva, yo á todas las amo y aprecio, pero todas se me representan con las puertas cerradas: sólo la Compañía aparece á mi vista con la entrada abierta y patente.

Eso,—continuó el Provincial, P. Rodríguez, se puede explicar fácilmente. Como teneis aquí á vuestro tío el Padre Cláudio, por esto deseais más entrar en la Compañía.

—Pues enviadme,—replicó al punto nuestro jóven algo picado de tal interpretación, enviadme al Septentrión, enviadme á España, á las partes más remotas del globo. Con tal que sea yo admitido en la Compañía, estoy dispuesto á pasar el noviciado y toda mi vida donde jamás vea á ninguno de los míos, ni sepa cosa de ellos. Y os ruego, Padres, que ya desde ahora lo proveis, enviándome allí donde más fácil consiga derramar mi sangre por Cristo.

Hicieron mella estas palabras en el corazón de Borja, quien movido además de superior impulso, consintió

por fin en que Rodolfo se quedase con ellos en calidad de huésped mientras se daba cima al negocio, y envió al pretendiente al Maestro de novicios P. Alonso Ruiz. Cuando el fervoroso candidato se vió entre aquella porción escogida del rebaño del Señor, imaginó que había sido transportado al paraíso, y quiso besar los pies á todos los novicios que allí estaban. Mas, poco duró tan codiciada alegría.

Sabiendo el duque lo que pasaba, informó inmediatamente á la Santidad de Pio V, pidiéndole mandase sacar del noviciado á Rodolfo, á fin de que pudiera mejor examinar por sí mismo y en su casa la vocación de su hijo. Obtenida la facultad del Pontífice, se presentó en la Casa Profesa el primogénito del Duque, y habiendo hablado con San Francisco de Borja, dispuso éste que al momento saliese Rodolfo del noviciado.

La escena que con este motivo pasó es indescriptible. Como si una ráfaga hubiese llevado al oído de nuestro manco la noticia de lo que se trataba, había procurado esconderse creyendo que, pasada aquella borrasca, le dejarían gozar de la serenidad apetecida. Pero al fin fué hallado por su tío el P. Cláudio, á quien el General había encargado le consolase y trajese. Duro era el encargo para el P. Aquaviva y muy sensible para su alma; pero obedeció con perfecto rendimiento. No así se rindió tan pronto el sobrino, antes oyendo que le aconsejaba que, dejados los llantos, blandamente cediese. Vos,—replicó Rodolfo, ¿queríais si estuvieseis en mi lugar? ¿qué haríais? ¿aprobaríais lo que se hace conmigo?

—Yo nada digo,—respondió el P. Cláudio. Yo sólo tengo orden del P. General para deciros lo que os he dicho, y con esto cumplo mi deber.

Resistía con todo Rodolfo, y mientras hablaban, llegaban ucos y llegaban otros, y todos juntos iban como llevando por fuerza hacia la portería al inconsolable pretendiente. Aguardábanle allí con algunos Padres gravísimos y nobles personajes, el General San Francisco de Borja y el Prelado de Su Santidad Julio Aquaviva, hermano de nuestro Rodolfo.

Cuando este llegó á su presencia, de repente y sin preámbulos: «¿Qué mal, dijo,—señores, les he hecho yo, que así me persiguen? Dejen, por Dios, se lo suplico, de estorbar mi entrada en una religión, á la cual El me llama, si no quieren atraerse hacia sí las iras del cielo.» Y como Julio, su hermano replicase, Rodolfo encarándose con él: «¿Es esto, dijo, proceder digno de un hermano, de un pariente ó de un amigo? ¿Así miras por mí bien? ¿Obraría de otra manera quien me quisiese perder? A un prelado que le amonestaba á que alegre y contento se volviese á su casa, contestó: «¿Conocísteis acaso vos qué cosa sea el estado religioso? ¡Oh! no quisierais despojarme de tanta dicha, antes vos mismo os hicierais religioso si lo conocierais.»

Tomó entonces la palabra S. Francisco de Borja, y díjole con suavidad «que dejadas á un lado las razones, se fuese con su hermano, obedeciendo al Duque.» pero el fervoroso manco con el ardor que le daba su edad, su espíritu y hasta la misma contienda: «Padre, repuso; permitame Vuestra Paternidad le diga con todo el respeto de mi alma, que según yo creo, no le es lícito excluir de la Compañía á los que reconoce ser llamado de Dios á ella.» E insistiendo Borja que el Papa era quien lo disponía: «¿Al mismo Soberano Pontífice, prosiguió el intrépido joven, si aquí estuviese presente, le preguntaría: si por esta causa yo me condeno eternamente, ¿Bajará al infierno Su Beatitud á sacarme?»

Por fin, viendo el P. General que á buenas nunca acabarían, pues siempre hallaría Rodolfo que oponer razones á razones, se formalizó, y con acento grave le dijo: «Mirad, hijo, no perdais el don tan precioso de la religión por vuestro demasiado afán en conservarlo. La primera virtud de la Compañía

es la obediencia, y si tan aferrado os mostrais á vuestro parecer, quizás mostréis no ser á propósito para ella.» Un rayo fueron estas palabras para Rodolfo: inclinó la cabeza, y protestando que como hijo de obediencia y soldado de la Compañía, empezaba ya á cumplir las órdenes de sus Superiores, subió al coche de Julio, y atravesando las calles de Roma, llegó á la presencia del Duque que le aguardaba.

Largo sería de contar lo que allí pasó en los días siguientes, los combates que sufrió, las lágrimas que derramaron sus ojos. A nuestro propósito sólo conviene decir que viendo Rodolfo la sin razón de cuantos estorbaban su entrada en la Compañía, y siendo por otra parte, aunque de pocos años, hombre de valor, enereza y carácter, apeló á la autoridad del P. General y le movió á que pidiese se tratase el asunto de su vocación en presencia del Papa.

Fué un espectáculo nuevo y sublime por lo augusto del tribunal y merecimientos de los contendientes. Comparecieron señalados por San Francisco de Borja los Padres Cláudio Aquaviva y Juan Polanco, aquel como abogado de Rodolfo, Polanco como compañero de Cláudio: el Duque estaba representado por su primogénito don Julio, y demandaba contra el pretendiente de la Compañía. Cada uno peroró por su causa. Con qué éxito, bastantemente lo demostro Pio V al decir «que pues el Duque había de permanecer aún en Roma algunos días para despachar ciertos negocios, interin le diese Rodolfo el consuelo de quedarse con él; pero que al regresara quel á Atri, podía volar á su querido noviciado sin estorbo alguno.»

Fué cosa de Dios, que el Duque, tan tenaz ántes en su resolución, luego que supo la sentencia del Papa se sintió trocado enteramente, y no sólo sin pesadumbre y molestia, mas con gran consolación de su espíritu y derramando por ello abundantes lágrimas. Le otorgó al instante su paternal bendición, y se volvió prontamente á su casa con el fin de que Rodolfo vistiese cuanto antes la sotana de la Compañía.

Y cuando años después supo que su hijo había derramado la sangre por la fe de Cristo, fue tal el gozo que inundó su alma por tener un hijo mártir, que ordenó se hicieran grandes fiestas con enramadas ó iluminaciones públicas en sus estados.

El Mensajero del Corazón de Jesús

¿PARA QUÉ SIRVEN LOS JESUITAS?

Han sido tantos los méritos y servicios prestados por los PP. Rubiet y Collin, en las misiones de Madagascar no sólo á los intereses de la religión, si que también á los de la patria, que el gobierno francés á pesar de su odio á la Iglesia, se ha creído en el deber de hacerlos públicos, otorgándoles además una condecoración de las más distinguidas de la vecina República.

Se deben al P. Roblet los mejores trabajos geográficos y topográficos de la isla de Madagascar, siendo estos tan perfectos y acabados, que han merecido con justicia los honores del gobierno francés, y han sido reconocidos entre los ingleses como autoridad en su clase.

Al P. Collin se le debe la fundación y dirección del Observatorio de Tananarive, uno de los más perfectos y completos del mundo.

En 1861, fueron á fundar las misiones 66 padres de la Compañía, y hoy se calculan en 130.000 los que confiesan la fe de Cristo. Han contruido además una Catedral, 300 iglesias y 400 residencias, á las cuales están unidos

otros centros de enseñanza con el concurso de religiosas, dándose instrucción en los mismos á 18.000 niños de ambos sexos.

(De La Lectura Popular)

GRANDES PORTENTOS

En el año que ha terminado desde Abril del 92 á Abril del corriente; según los *Anales de Lourdes*, van curados 33 físicos, unos con los pulmones sacados de profundas cavidades y casi destruidos; otros, consumidos por la fiebre, conducidos en camillas, casi exánimes, y sin movimiento, ó con la tos, demacración y hemorragias, síntomas precursores de la tisis. Sobre todas ha sido notable la curación de Irma Montreul, mujer de un minero de Seus, de treinta y tres años y madre de siete hijos. Llegó á la oficina médica sostenida por una religiosa, y tan exánime, que de vez en cuando la humedecía su enfermera la boca con una pluma mojada en una disolución de ácido bórico. Una fistula en plena supuración tenía desde el mes de Abril en la garganta y durante el viaje hubo necesidad de administrarle la santa unción. Se negaron á introducirla en la piscina; insistió pues no podía hablar, y por señas, alcanzó al fin lo que tanto deseaba.

Tres veces la sumergieron en el agua, violento sacudimiento experimentó, y como una llamarada ardiente atravesó su pecho. Súbitamente sucede la calma y se levanta totalmente curada, yendo á postrarse de rodillas en la gruta. La examinaron los doctores Seauze, Rousseau y Desfontaines: tubérculos, fistula, lesiones interiores y visibles, todo había desaparecido instantáneamente.

Y luego nos dirán algunos médicos que en Lourdes sólo se curan las enfermedades nerviosas y esto por la influencia de la imaginación, etc., etc.

¿Qué responderán á las 33 curaciones de físicos del año pasado, ni cómo su pretendida ciencia podrá explicarles la súbita desaparición de profundas lesiones? Confiesen su ceguera, y nosotros, los que tenemos la dicha de creer en los favores sobrenaturales que otorga la Santísima Virgen á sus fieles devotos, confesemos con voz muy alta las continuas y estupendas maravillas que obra para gloria de Dios y gloria suya.

(De La Lectura Popular)

SECCION RELIGIOSA

SANTORAL

Sábado 8.—Ss. Isabél, reina de Portugal, Aquila, Priscila y Procopio, m., y Auspicio ob.

Domingo 9.—Ss. Verónica de Julianis, vg., Zenon, y eps. mrs., y Anatolia, vg. y m.

Lunes 10.—Ss. Janaro, Félix y hs. mrs., Rufina y Segunda, vgs. y mrs., y Amelberga, vg.

Martes 11.—Ss. Pio, papa y m., Janaro y Pelagia mrs., Juan, ob., y Abundio, pbro., mrs., Sabino, cf., y B. Juana Scopelli, vg.

Miércoles 12.—Ss. Juan Gualberto, ab. y fd., Nabor y Félix, mrs., Jason, Hermágoras ob. y m., y Marcián, vg. y m.

Jueves 13.—Ss. Anacleto, papa y m., Joe y Esdras, profetas, Sila, Serapion, m., y Miropa, m.

Viernes 14.—Ss. Buenaventura card., ob. y d., Justo, soldado y m., Focas, ob. y m., Ciro y Félix, obs.